

De hoy mas la sola y afligida España,
 Cuando mas sus clamores levantare
 Al Sumo Hacedor y alta compañía;
 Cuando mas por salud le importunare
 Al término postrero que perezca,
 Y en el último trance se hallare,
 Solo podrá pedirle que le ofrezca
 Otra paz, otro amparo, otra aventura,
 Quen obras y virtudes le parezca.
 El vano confiar y la hermosura,
 ¿De qué nos sirve cuando en un instante
 Damos en manos de la sepultura?
 Aquel firme esperar, sancto y constante,
 Que concede á la fe su cierto asiento
 Y á la querida hermana ir adelante,
 Adonde mora Dios, en su aposento
 Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
 Libre de tempestad y humano viento.
 Aquí, señor, el último reposo
 No puede perturbarse, ni la vida
 Tener mas otro trance doloroso;
 Aquí con nuevo sér es conducida,
 Entre las almas del inmenso coro,
 Nuestra Isabela, Reina esclarecida.
 Con tal sinceridad guardó el decoro
 Do al precepto divino mas se aspira,
 Que merece gozar de tal tesoro.
 ¡Ay muerte! ¿Contra quién tu amarga ira
 Quesiste ejecutar para templarme
 Con profundo dolor mi triste lira?
 Si nós cansais, señor, ya descucharme,
 Anudaré de nuevo el roto hilo,
 Que la ocasion es tal que ha desforzarme.
 Lágrimas pediré al corriente Nilo,
 Un nuevo corazon al alto cielo,
 Y á las mas tristes musas triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo,
 Que á España en brazos de la muerte tiene,
 No quiso Dios dejarle sin consuelo.
 Dejóle al gran Philippo, que sostiene,
 Cual firme basa al alto firmamento,
 El bien ó desventura que le viene.
 De aquesto vos llevais el vencimiento,
 Pues deja en vuestros hombros esta carga
 Del cielo y de la tierra y pensamiento.
 La vida que en la vuestra así se encarga,
 Muy bien puede vivir leda y segura,
 Pues de tanto cuidado se descarga.
 Gozando como goza tal ventura
 El gran señor del ancho suelo hispano,
 Su mal es menos y esta desventura.
 Si el ánimo real, si el soberano
 Tesoro le robó en solo un dia
 La muerte airada con esquiva mano,
 Regalos son quel sumo Dios envia
 Á aquel que ya le tiene aparejado
 Sublime asiento en alta hierarchia.
 Quien goza quietud siempre en su estado,
 Y el efecto le acude á la esperanza,
 Y á lo que quiere nada le es trocado,
 Argúyese que poca confianza
 Puede tenerse del que goce y vea
 Con claros ojos bienaventuranza,
 Cuando mas favorable el mundo sea,
 Cuando nos ria el bien todo delante,
 Y venga al corazon lo que desea,
 Tiénese de esperar que en un instante
 Dará con ello la fortuna en tierra,
 Que no fué, ni será jamás constante.
 Y aquel que no ha gustado de la guerra,
 Á do se aflige el cuerpo y la memoria,
 Parece Dios del cielo le destierra.

Porque no se coronan en la gloria,
 Sino es los capitanes valerosos,
 Que llevan de sí mismos la victoria.
 Los amargos sospiros dolorosos,
 Las lágrimas sin cuento que ha vertido
 Quien nos puede en su vista hacer dichosos;
 El perder á su hijo tan querido,
 Aquel mirarse y verse cuál se halla
 De todo su placer desposeido,
 ¿Qué se puede decir sino batalla
 Adonde lemos visto siempre armado
 Con la paciencia, ques muy fina malla?
 Del alto cielo ha sido consolado,
 Con concederle acá vuestra persona,
 Que mira por su honra y por su estado.
 De aquí saldrá á gozar de una corona
 Mas rica, mas preciosa y muy mas clara
 Que la que ciñe al hijo de Latóna.
 Con él vuestra virtud al mundo rara
 Se tiene de extender de gente en gente,
 Sin poderlo estorbar fortuna avara.
 Resonará el valor tan excelente
 Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,
 De donde sale el sol hasta Occidente.
 Y allá, en el alto alcázar do pasea
 En mil contentos nuestra Reina amada,
 Si puede desear, solo desea
 Que sea por mil siglos levantada
 Vuestra grandeza, pues que se engrandece
 El valor de su prenda deseada.
 Que vuestro poderío se parece
 Del católico Rey la suma alteza,
 Que desde un polo al otro resplandece.
 De hoy mas deje del llanto la fiereza
 El afligida España, levantando
 Con verde lauro ornada la cabeza.

Que mientras fuere el cielo mejorando
 Del soberano Rey la larga vida,
 No es bien que se consuma lamentando.
 Y en tanto que arribare á la subida
 De la inmortalidad vuestra alma pura,
 No se entregue al dolor tan de corrida.
 Y mas quel grave rostro de hermosura,
 Por cuya ausencia vive sin consuelo,
 Goza de Dios en la celeste altura.
 ¡Oh trueco glorioso, oh sancto celo,
 Pues con gozar la tierra has merecido
 Tender tus pasos por el alto cielo!
 Con esto cese el canto dolorido,
 Magnánimo señor, que por mal diestro,
 Queda tan temeroso y tan corrido,
 Cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro."

Consta pues auténticamente, por la publicacion de estas poesías, que CERVANTES residia en Madrid á fines del año de 1568. Mas, segun el sentir de escritores de crédito, no fueron esos solos ensayos los que revelaron por entonces á la república literaria la existencia de aquel jóven oscuro que, andando el tiempo, habia de colocarse á la cabeza de todos los ingenios españoles, sino que compuso además aquellos *romances infinitos* y otras diversas poesías, incluso el poema pastoral *La Filena*, de que él mismo hace mérito en el capítulo IV de su *Viaje al Parnaso*, perdidas para la posteridad en su mayor parte. Esta aparicion de nuestro ingenio ha dado lugar á cierta controversia sobre si, en la época en que tuvo lugar, podia ser alumno del Estudio de Humanidades de Madrid, ó si mas bien el apreciable maestro Hoyos le llamaba su *caro y amado discipulo* porque lo hubiera sido en otro tiempo, ya en Alcalá, ya en Salamanca. Dió márgen á esta cuestion la circunstancia de que aquel profesor no hacia mas que ocho meses que regentaba el Estudio de la Villa, atendido lo cual parece inverosímil que CERVANTES, ya de edad de veinte años, anduviese tan atrasado en sus estudios. Para nosotros no es de importancia esta objecion. CERVANTES perteneció á una familia que vivia en la mayor estrechez, hasta el punto de que difícilmente podria haberle procurado una educacion literaria mas ó menos costosa; y, sobre este particular, no hay discrepancia alguna entre los autores. Lo que parece natural es, que sus padres trasladasen su residencia